ADRIANO PAEZ

VIAJE AL PAIS DEL DOLOR

(FRAGMENTOS DE UN LIBRO INÉDITO)

1891

BOGOTÁ (COLOMBIA)
Imprenta de "La Luz," Calle 13, número 100
APARTADO 160. TELÉFONO 220.

Adriano Páez

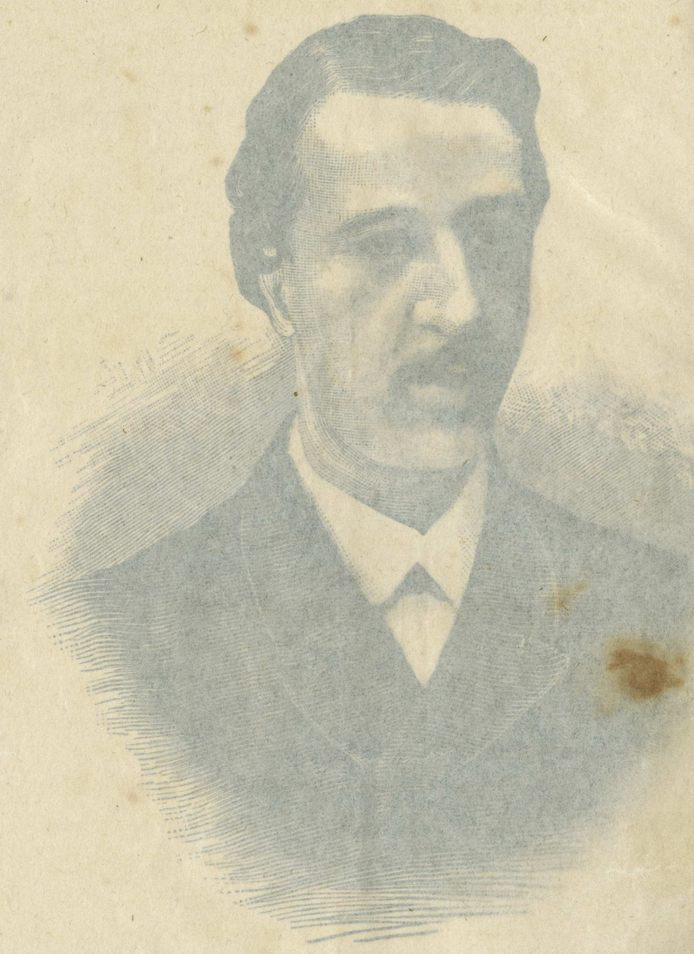
ADRIANO PAEZ

VIAJE AL PAIS DEL DOLOR

(FRAGMENTOS DE UN LIBRO INÉDITO)

1891

BOGOTÁ (COLOMBIA)
Imprenta de "La Luz," Calle 13, número 100



ADRIANO PAEZ

VIAJE AL PAIS DEL DOLOR

(FRAGMENTOS DE UN LIBRO INÉDITO)

1891

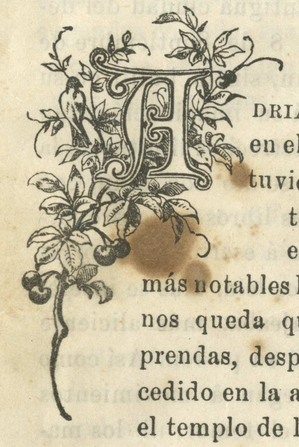
BOGOTÁ (COLOMBIA)
Imprenta de "La Luz," Calle 13, número 100
APARTADO 160. TELÉFONO 220.

ADRIANO PAEZ

Censuras de Paez, no he visto; ese noble joven no nació para ser la pesadilla de nadie, sino de los tiranos..... ....
....

Paez. Adriano Paez.... Un mundo de dolor pesa sobre él y nada dice. .....
....

Juan Nontalvo.



DRIANO PÁEZ. Este nombre es bien conocido en el mundo de las letras, y sus escritos, que tuvieron la rara fortuna de difundirse por todas partes, han sido muy estimados en el país y fuera de él, y encomiados por los más notables literatos de toda la América latina. Nada nos queda que decir acerca de su vida y relevantes prendas, después que eximios escritores nos han precedido en la augusta misión de colocar su nombre en el templo de la inmortalidad, al lado de los más preclaros; después que él mismo escribió que las páginas que trazaba eran obra de un espíritu que sigue los consejos del honor y del deber; de un espíritu que cree en Dios, en la inmortalidad del alma, en el progreso indefinido y en la dicha futura de la humanidad; y que "á través de los harapos con que cubría sus pensamientos, podía traslucirse que palpita un corazón y que hay un alma, el alma de la patria."

Pálidas y como ocultas en la sombra en que se destacan los luminosos rasgos con que autores competentes han abrillantado las nobles acciones de Adriano, aparecerán estas líneas, en las cuales no pretendemos juzgar las producciones de su ingenio como críticos, ni aspiramos á realzar el mérito de sus

obras,—que yá la Nación, representada por el Congreso de 1877, y la opinión pública, expresada en elocuentes manifestaciones, les han señalado el distinguido lugar que les corresponde en la historia,—sino tan sólo á cumplir el sagrado deber de dejar consignados en esta hoja, siquiera sea como simples relatores, los méritos del que "tuvo por guía, desde las primeras líneas que escribió en la infancia," hasta las conmovedoras páginas que trazó en los últimos días de su angustiada vida, "un sentimiento que formó, puede decirse, parte de su organismo: *el amor á la patria y á la libertad!*" Y gustosos cumplimos este deber, que no solamente nos lo imponen á un tiempo la justicia y el patriotismo, sino que también nos lo dictan los sentimientos de respeto, admiración y afecto, y nos lo exige la amistad.

Nació ADRIANO PÁEZ en Tunja, antigua ciudad del departamento de Boyacá, en Colombia, el 8 de Septiembre de 1844. Siendo casi niño, adolescente aún, sintió bullir en su cerebro el ardiente deseo de dar pábulo á su imaginación, tan vivaz, que no podía contenerse en los estrechos límites de la vida común que llevan los de su edad, y se dio con afán, con inaudito empeño, á la lectura de cuantos libros pudo proporcionarse; y, no contento con leer, se puso á escribir y á borrajear resmas de papel; mientras más libros leía, más se interesaba en la lectura, y mientras más borrajeaba, más aliciente encontraba en esa labor, más cebo daba á su pasión. Así como los neurópatas, los degenerados, se entregan á movimientos rítmicos del cuerpo, sin que la razón, ni el temor, ni los mayores esfuerzos de la voluntad sean parte á distraerlos de la monótona repetición de sus actos, asimismo, con invencible impulsión, con la irresistible fuerza de la excitación nerviosa que se impone á la voluntad, trazaba ADRIANO sobre el papel sus pensamientos y estampaba sus impresiones. Ya pintaba con vivacidad un delirio de la fantasía, un sueño, una alucinación; ya una leyenda misteriosa alusiva á las impresiones que le habían producido las lecturas; tan pronto hacía versos á todos los objetos de la naturaleza, como disertaciones sobre temas abstractos.

El genio y la locura se tocan, con la diferencia de que el hombre de genio es superior á los otros hombres; el loco les es

inferior. El equilibrio intelectual irreprochable es en general incompatible, según lo ha manifestado el profesor Richet, con la originalidad y la espontaneidad del genio; el hombre de genio posee un mecanismo psíquico especial y diferente de los mecanismos vulgares; es una excepción, una anomalía. PÁEZ, que fue un niño precoz, pues nadie ha escrito en la niñez tánto como él ni manifestado desde tan tierna edad afición tan grande á la literatura, fue una excepción, una anomalía. "ADRIANO PÁEZ nació Genio, dijo el doctor Madiedo, y como genio ha cosechado los laureles que prosperan con el calor de ese fuego divino que alimenta é inspira á los espíritus privilegiados." El neurosismo, que cuando anda desconcertado conduce á la vesania y ofrece el triste espectáculo de las más extravagantes acciones, cuando va rigiendo las manifestaciones de la actividad psíquica, cuando se ejerce en un organismo dotado de aptitudes que corresponden á la excitación que engendra en todas sus partes, entonces el neurosismo es genio, es talento, es ese álgo que distingue á los seres superiores del vulgo que los rodea.

El exceso de excitabilidad nerviosa que en un niño, en un organismo debilitado por vicios congénitos, produce y conserva esa numerosa familia que los médicos llaman de los degenerados, tórnase en factor obligado de los grandes inventores, de los grandes creadores, en poesía como en pintura ó escultura, en matemáticas como en política. "Un hombre bien equilibrado, dice Richet, lleva una existencia regular y tranquila; no es un niño precoz como Mozart ó Pascal; no hace grandes tonterías en su vida, como Masaniello, Byron, Musset; no ve en todas partes enemigos imaginarios, como J. J. Rousseau; no contempla con mortal pesadumbre el haber disgustado al Rey, como Racine; no tiene alucinaciones, como Cromwell y Descartes, ni epilepsia, como César, Mahoma, Pedro el Grande, Newton; ni accesos de melancolía con tendencia al suicidio, como Pascal, Chateaubriand, Leopardi; sino que sigue el camino ordinario, banal de la vida común."

Para ADRIANO PÁEZ llegó un día, como dice Arrieta, en que "revisó con ánimo desprevenido aquel conjunto de borradores, y, alarmado de tánto disparate, corrió á la casa de un polvorero y le vendió al peso todos los cuadernos. Pero el

trabajo perdido, el tiempo empleado en aquella tarea, fueron, no obstante, lecciones provechosas. Esa gimnasia de los primeros años, ese ejercicio de una inteligencia que aún no ha batido las alas fuera del horizonte nativo, ni bebido en otra fuente que las ideas del hogar, da al fin al pensamiento del niño las primeras fuerzas propias, las aspiraciones de la gloria y estímulos para volar."

Yá en 1860, entrado en la pubertad, pudo dar á sus escritos, con la erudición que había adquirido por sí mismo en la lectura de los clásicos, y merced al desarrollo gradual de sus órganos, el carácter elevado, serio, eminentemente moral y benévolo que distingue todas sus producciones. Dio principio entonces á su carrera de periodista, en la que tánto sobresalió después, publicando en el Socorro *El Repertorio*, hoja que mereció los elogios del distinguido literato D. José María Vergara y Vergara. Desde entonces no abandonó la prensa; á la publicación del primer periódico siguió la de otro; luégo dio á luz una obra, redactó la *Gaceta de Santander*, publicó otra obra y siguió redactando periódicos políticos y literarios hasta 1870. Nombrado entonces Cónsul de Colombia en San Nazario, partió para Europa, después de haber desempeñado varios empleos honoríficos en Santander, Boyacá y Cundinamarca.

En Europa, lejos de abandonar los estudios, se consagró á adquirir vasta y sólida instrucción; se relacionó con muchos literatos americanos y europeos, y continuó la asidua labor del periodismo, colaborando en diversas revistas y fundando él mismo una muy importante. Con la febril actividad que forma el sello más distintivo de su organización, con la instrucción muy notable que había adquirido yá en la lectura de las obras literarias, con el entusiasmo por todo sentimiento noble y generoso, con todas las dotes intelectuales, joven, bien relacionado, el porvenir se le ofrecía brillante, la felicidad parecía que pudiera alguna vez tomarse como realidad, cuando—"en hora para siempre nefanda"—el ave negra de la desgracia, cerniendo sus largas alas, tocó la faz del bardo entusiasmado que soñaba con la dicha, dejando en ella impreso el estigma de proscripción eterna. El "Rey de los Espantos," como llamó Ricardo de la Parra al tremendo mal de Lázaro, se había apoderado de PÁEZ, había hecho de él su presa é iba á devorarle! Entonces,

Tras los cantos de amor y gloria y dichas,
Roncos sollozos y gemir doliente...
Yá las coronas de laurel preciadas
Desceñir de las sienes,
Y llevar la del mártir, punzadora,
Huyendo de las almas inclementes!

Réprobo, sin lugar, el que alegría
Y orgullo fue de los amados seres
Que embellecieron su dichosa infancia
Y juventud ardiente!...
Su séquito el horror... y de los hombres
Ansiando el bien, proscrito para siempre!
(J. ISAACS).

¡Proscrito para siempre! ¡Y no sólo de su patria, sino del mundo entero; condenado al aislamiento, al dolor, á vivir solitario como un réprobo de la fatalidad! Lo que sintió entonces, ¿quién mejor que él mismo podrá pintarlo? Oigámoslo:

Seis años yá, ¡seis años de martirio!
Herido por el rayo, en mi delirio
Tu regazo materno abandoné.
La ira del Señor—cual torbellino
Furioso—me lanzó por un camino
De amarguras y lágrimas y hiel....

Y hoy vuelvo á ti, con el cabello cano,
En vez del joven, enfermizo anciano,
Sin esperanza, sin amor, sin voz;
Perdida yá la ambicionada calma
En la deshecha tempestad del alma,
¡Proscrito y miserable como Job!

¡Oh! tú no sabes lo que yo he sufrido
En medio del tumulto y del olvido
Del mundo en la terrible soledad.
Si á ti mostrara mi horrorosa herida,
Verías que llevo en mi temprana vida
Eterno duelo é incurable afán.

Era el año de 1876 cuando regresó de Europa, y á pesar de venir herido en el alma, no permaneció ni un instante ocioso; consagróse á difundir sus conocimientos, á instruír y deleitar con sus eruditos y amenos escritos, á "elevar las almas de los que padecen, fortificar á los débiles, consolar á los desgraciados." Fundó *La Patria*, revista inportantísima, hija predilecta de su amor á la libertad, de su acendrado patriotis-

mo, de su anhelo ardiente de difundir la instrucción, de avivar los nobles sentimientos, de enaltecer toda tendencia humanitaria, sin dejar de fulminar los tremendos rayos de su indignación contra todas las vilezas, contra el despotismo, la arbitrariedad, la injusticia en cualquiera de sus formas.

Cuando vino á establecer su residencia en Bogotá, eligió para su habitación una pintoresca quinta, situada en la falda de Monserrate, entre Bogotá y Chapinero, á la cual dio el significativo nombre de *La Soledad.* Allí habitó solitario por algún tiempo, leyendo, meditando y escribiendo; mas habiendo observado que el clima frío y las heladas ventolinas que reinan en nuestra elevada altiplanicie agravaban sus padecimientos físicos, desarrollando el tremendo enemigo de su reposo, resolvió mudar de residencia, sometiéndose al inexorable fallo del destino que lo condenó á vivir sin contacto con sus semejantes. Eligió para su nueva morada el templado y delicioso valle del río Negro, situado en la vertiente oriental de la cordillera. Adquirió allí una encantadora casita con un campo anexo, inmediata al caserío de La Unión, la cual quiso que se llamara *Vistahermosa,* aludiendo al bellísimo panorama que ofrece el valle, visto desde la colina en que se halla la quinta.

El sentimiento estético que le hacía amar y contemplar lo bello en todas sus formas, le indujo á construír un nido encantador en la poética quinta de *Vistahermosa.* El interior, adornado modesta pero artísticamente, le brindaba solaz durante las horas calurosas del día; el exterior, rodeado de jardines y arboleda, y que ofrecía á lo lejos el paisaje más hermoso de cuantos brinda la rica zona tórrida con su lozana vegetación, interrumpida sólo por estrechas cintas plateadas que dan curso á los arroyos cristalinos, daba esparcimiento al solitario cuando, fatigado de las tareas cotidianas, dejaba vagar la vista, en tanto que el pensamiento volaba en alas de la fantasía. Allí parecía como olvidado de su cruel martirio, si hubiera de juzgarse por la apacible serenidad con que recibía á los raros amigos que, venciendo el natural temor al "Rey de los Espantos," se acercaban á visitarle. Allí vivía velando con amoroso y paternal cariño por las glorias patrias, sin lanzar una queja, sin pensar siquiera en su propia suerte, para ocu-

parse en tributar alabanzas á los que, como él, descollaban por el talento, la elevación del carácter, las nobles aspiraciones.

Por la rarísima y notable propiedad que tenía ADRIANO PÁEZ de buscar el mérito para darlo á conocer, de descubrir el talento para exhibirlo, de encarecer todo lo que aparecía en la prensa suramericana con carácter elevado, bello y verdadero, le apellidó el eminente escritor ecuatoriano, D. Juan Montalvo, "*infatigable husmeador del talento,* que con delicado olfato lo siente y lo descubre en el más oscuro rincón de América.... para sacarlo á paz y salvo, bien como el delfín sacó sobre su cuerpo á Antión del medio de los mares." "Admiro, agrega el mismo escritor, el talento de PÁEZ, su laboriosidad ejemplar, su ardiente americanismo; su corazón, su carácter, me admiran mucho más. Inteligencia es prenda común; cual más, cual menos, como no seamos tontos, á nadie le falta su poquito; prendas como las que le adornan á PAEZ, son de todo punto raras."

"Para él no había vanidad nacional, egoísmo, deseo de prevalecer sobre los otros; no existe el Táchira ni el Carchi: Venezuela, Ecuador, Perú, Chile, Buenos Aires, son su patria tanto como Colombia. Donde brilla un genio, allí está él á atizarlo con la sensata alabanza que nunca es adulación; donde palpita un corazón grande, allí está él á contar las pulsaciones de ese órgano del dolor, ese altar de los misterios del alma.... ADRIANO PÁEZ no tiene idea de la envidia, no sabe lo que ella es: á lo menos ese cruel afecto no le carcome las entrañas en medio de tantos otros martirios que le están santificando su desgracia.... lo que veo á cada rato son apologías de hombres que á su juicio las merecen, laudatorias llenas de sensatez y buen gusto."

Durante su permanencia en *Vistahermosa,* merced á la suavidad del clima y á la observancia de las reglas higiénicas y del tratamiento paliativo á que estuvo sometido, su salud parecía que se recobraba, dándole tregua para trabajar sin descanso en la publicación de sus obras. Unióse entonces en matrimonio con la señorita Carolina Baños, joven virtuosísima que le acompañó después como digna esposa en su dura peregrinación, consolándolo en sus indescriptibles tormentos y haciéndole amable una existencia que de otra manera le habría sido intolerable.

No fue, sin embargo, de larga duración esta tregua del dolor; el "Rey de los Espantos" se le apareció de nuevo más formidable que antes; síntomas alarmantes de la invasión del mal le advirtieron que era vano empeño formarse ilusiones; que debía consumar el sacrificio; que se acercaba yá la hora del martirio! Y para colmo de desdichas, la miseria casi tocaba yá á las puertas de su morada; viose obligado á vender el campo anexo á la casita para buscar refugio en medio de sus hermanos de infortunio, con quienes aspiraba vivir el resto de sus días. A fines de 1885 realizó su deseo de visitar el Lazareto de Agua de Dios; allí encontró á su amigo, al "dulce, heroico y modestísimo poeta Luis Carlos Pradilla," con quien lo ligaban los lazos del infortunio, del talento y de la abnegación. A su lado se prometía ADRIANO horas de consuelo, de paz y de resignación, yá que de ventura le estaba vedado esperarlas. Pero el destino tenía dispuesto otra cosa. Cuando fue á establecerse definitivamente á Agua de Dios, para no separarse yá de su querido amigo, "tuvo la indecible pena de verlo agonizar por muchos días y morir en sus brazos el 15 de Enero de 1889, tres años después de la primera visita que le había hecho."

"¡Quién hubiera imaginado, dice ADRIANO, que en aquel aposento—donde escuché cien veces las más bellas lecciones de filosofía espiritualista, y donde vi auxiliar con dinero, remedios y consejos á cuantos infelices llegaban á ese recinto santificado por el heroísmo y el dolor—recibiría yo el último suspiro del filósofo-mártir y caería de rodillas al lado de los ángeles derramando arroyos de lágrimas!...." Ni el consuelo de tener un amigo á su lado le concedió el destino cruel: con la muerte de Pradilla se sintió él mismo moribundo, viendo el término que próximamente había de tener su desventurada vida; mas no por eso dejó de trabajar; antes redobló su actividad. Se propuso estudiar la organización del Lazareto para informar al Gobierno y al público, y obtener las mejoras que, en su concepto, deberían introducirse en el régimen y administración del establecimiento. Presentó, en efecto, informes exactos, propuso medidas que pudieran y debieran adoptarse, y, en su deseo de mejorar la condición de los "seres perseguidos por las feroces Euménides y las potencias infernales, de

esos seres que en su frente llevan el signo de melancolía eterna y de temprana muerte, cuya presencia trae á la memoria las calamidades y epidemias de tiempos remotos," se puso á estudiar la enfermedad, á discurrir sobre su etiología, á seguir el curso de los trabajos médicos relativos á la lepra en las obras y publicaciones periódicas; todo con el objeto de ser útil á sus hermanos de infortunio, como los llamaba.

Para completar su obra humanitaria empezó á escribir, con ánimo de publicar, las admirables páginas de un libro que intituló *Viaje al país del dolor*, páginas llenas de sentimiento y de ternura, que no pudo dar á luz, tanto por carecer del dinero que aquella publicación demandaba, como por haberse sentido amenazado de perder la vista y acometido de parálisis en las manos.

Fueron estas páginas los postrimeros acentos de dolor que lanzó ADRIANO PÁEZ en Agua de Dios, no para quejarse de su infortunio, sino "para hacer germinar sentimientos de piedad hacia los que padecen el más tremendo de los males físicos." Con razón dijo el eminente escritor Montalvo:

"PÁEZ.... pobrecito! ADRIANO PÁEZ.... quisiera yo llevarlo á orillas del lago de Tiberíade, tierra de los milagros, é impetrar uno en su favor, á fuerza de lágrimas, á los pies del Todopoderoso. Padéce, amigo, y súfre; ¿sabes que entre padecer y sufrir va la propia diferencia que entre la necesidad y la virtud? Padecimiento es gravamen general; buenos y malos, todos padecen; sufrir no saben sino los hombres favorecidos por Dios con esa fuerza oculta que se llama paciencia. Paciencia es bondad, paciencia es valor, paciencia es resignación; y estas virtudes sacan burlada á la desgracia, porque sus golpes caen sobre diamante infrangible donde están grabados en caracteres luminosos los secretos de la gloria. Padezcamos, pero suframos: los que no saben sufrir, esos son los que padecen verdaderamente. 'Niño, has venido al mundo para padecer: padéce, súfre y cálla;' estas eran las palabras con que los antiguos mexicanos saludaban al recién nacido. PÁEZ, ADRIANO PAEZ.... Un mundo de dolor pesa sobre él, y nada dice: Job se queja, Job levanta la voz al cielo: estotro Job está callado respecto de sus males, porque considera que los del cuerpo son nada: el espíritu es el todo; y ese está puro en él, está blanco y transparente. Cuando sacuda los miembros que lo aprisionan, y, rota su cárcel, salga libre, ha de volar á la eternidad, y ha de desaparecer en el océano de la luz infinita."

En los últimos días del mes de Marzo de 1890 se disponía

ADRIANO, como solía hacerlo, para salir á visitar de casa en casa á sus desgraciados hermanos de infortunio, y había hecho ensillar un caballo muy brioso que había adquirido para ello; no bien había puesto el pie en el estribo para montar, cuando el caballo, encabritándose, dio con él en tierra, dejándolo privado de la caída y herido de muerte. Recogiéronlo sus amigos, prodigáronle ellos y su esposa todos los cuidados y atenciones que exigía su estado; acudieron los médicos con los recursos de su ciencia; todo fue inútil: la muerte había hecho su presa. El día 2 de Abril expiró en brazos de su esposa y rodeado de todos los enfermos de Agua de Dios, que lloraron su muerte con filial dolor! Puede aplicársele la dulce plegaria que él ecribió cuando murió Pradilla: "La pálida musa del dolor que meció su cuna, rigió su vida y veló su agonía, lo tenga en sus brazos marmóreos y custodie siempre su sepulcro!...

Yá enmudeció aquel pensamiento que, como ha dicho uno de sus más predilectos amigos, el señor D. Francisco García Rico, " tenía una voz de estímulo para toda aspiración noble, un eco de aplauso para toda acción generosa; yá cesó de latir aquel corazón tan dispuesto para el bien, que fraternizaba con toda ventura—sin envidiarla—y aumentaba con la ajena su propia desgracia; yá se apagó la acción de aquel entusiasmo ardiente del que fue por algunos años obrero infatigable de la prensa, para dar resonancia dentro y fuera del país á la causa liberal, que amó con delirio, y á todo cuanto pudiera enaltecer el nombre colombiano en el campo de las ciencias, de las letras ó de las artes."

Grande, noble y trascendental fue la labor que cumplió ADRIANO PÁEZ durante los treinta años que estuvo consagrado á escribir; " el trabajo fue una religión para él: corazón activo, inteligencia ardorosa, el movimiento fue la ley de su rica naturaleza; trabajó por Colombia, por América, por el mundo; PÁEZ es hombre de inmenso mérito." (*Montalvo*).

Él ha muerto, pero sus obras, monumento imperecedero de su gloria, son inmortales; ellas vivirán mientras viva en el mundo el sentimiento de lo bello, mientras se rinda culto al deber moral, al bien y á la verdad.

JUAN DE DIOS CARRASQUILLA L.

En Bogotá, á 20 de Septiembre de 1891.

VIAJE AL PAIS DEL DOLOR

(FRAGMENTOS DE UN LIBRO INEDITO)

DEDICATORIA: A LOS QUE SUFREN

Las siguientes páginas son escritas para vosotros los que padecéis del cuerpo y del alma, que tenéis horas crueles, sintiendo á la vez el aguijón de la duda en el espíritu y el cauterio del dolor físico en las carnes despedazadas.

Estas páginas tienen un fin moral: elevar las almas de los que padecen, fortificar á los débiles, consolar á los desgraciados.

Tienen por objeto herir los corazones con la vara de la caridad y atraer el interés, los cuidados y el amor de los ricos y felices hacia millares de seres que viven en las regiones de la muerte.

Yo, como el cantor florentino, he penetrado en los círculos infernales donde no habita la Esperanza; pero, menos afortunado que el Dante,—el cual pasó de la morada del eterno martirio á la de la dicha eterna—he permanecido en medio de los réprobos, contemplando sus crueles martirios, oyendo sus tristes gemidos....

Mis cabellos han encanecido aunque joven, y mis carnes han gritado de dolor, con el espectáculo de esos tormentos, al mismo tiempo que mi espíritu buscaba con angustia, y no

encontraba, un punto de apoyo para explicarse las causas de los dolores físicos y morales, en presencia de esos astros que giran eternamente, sin comprender por qué Dios ha creado á un tiempo el sol que nos alumbra, el amor que nos consuela, el mal que nos tortura, la muerte que nos devora, el vacío y las tinieblas que nos espantan....

La mano que ha trazado estas páginas es una mano débil; pero el espíritu que la guía está empapado en las doctrinas del deber moral, del amor universal, y en la práctica del bien, por el impulso natural del corazón y de la conciencia hacia lo bello y lo bueno.

El mal existe, en formas múltiples, variadas é infinitas y horribles, en el universo; y la tarea del hombre, creyente ó nó, católico, judío, mahometano ó libre pensador,—la tarea diaria, permanente, debe ser la de combatir ese mal, como Hércules ahogaba los monstruos, en lucha sin tregua, con brazos de titán.

Marchamos hacia lo desconocido, encontrando y aplastando cabezas de serpientes. Vivimos en perpetuo combate con el dolor, con la miseria y con la muerte. Pero es nuestro honor y será nuestra gloria el combatir y vencer todas las vilezas que nos asechan en las encrucijadas de la vida, arrancar á la naturaleza sus secretos—con el arma irresistible de la ciencia—y manejar, como Júpiter, el rayo!

Todo hombre, por pequeño que sea, puede llevar un grano de arena al edificio del progreso universal; todo hombre, por estrecho que sea el círculo en donde la suerte lo coloque, puede hacer el bien inspirándose en las doctrinas del deber; todo espíritu encierra átomos de luz. Los grandes genios créan grandes obras y hacen grandes cosas: los pequeños, los humildes, pueden, en su limitada esfera, producir "fuentes de bendición." Edison, por ejemplo, aprisiona la electricidad, inventa maravillas, difunde la luz. Pasteur destruye, subyuga, mata los microbios que destruyen al hombre, salvando así generaciones enteras.

Un humilde discípulo del deber, un Bautista, en un radio de pocas leguas, en Agua de Dios y sus contornos, hace relativamente tantos bienes como podía hacerlos San Vicente de Paúl en todas las regiones de Europa.

Un escritor—siquiera pertenezca al número de los desconocidos y viva en un país tan atrasado, desgraciado y pobre como el nuestro,—puede también, aun no siendo Fenelón ni Bossuet, atraer y conmover las almas.... Para esto basta que describa con naturalidad los cuadros que han herido su imaginación y que llame á la puerta de los sentimientos de amor y de virtud que existen en los corazones más duros. En tal caso la elocuencia está en los hechos, no en las palabras: el cuadro tendrá los mismos colores, aunque sea inhábil la mano del pintor.

Por tal motivo, y los que indiqué al principio, me he animado á escribir y á publicar estas páginas. Tengo no sé qué esperanza de que ellas servirán de algo á mis infortunados compatriotas; que despertarán la opinión pública sobre un asunto que hace muchos años he llamado de "vida ó muerte" para nuestro país; que harán germinar algunos sentimientos de caridad hacia los que padecen el más tremendo de los males físicos; que llamarán la atención de los gobiernos hacia medidas que me tomaré la libertad de proponer inspirado solamente por ideas de fraternidad y de justicia; y, por último, que serán como el terrible grito que lanza el náufrago al sentir yá las palpitaciones del abismo y el abrazo de la muerte....

CAPITULO PRIMERO

Tocaima.—Su decadencia.—Fiebre y viruela en 1885.—Un camino infernal.—Agua de Dios.—Quinta poética.—Luis Carlos Pradilla.

I

Un viajero que atravesaba la ciudad de Tocaima en las postrimerías del 85, sentía batir en torno suyo las negras alas á el Angel de la muerte. Pocas y tristes gentes en las calles, casi desierta la gran plaza, y en todo un aire de pena y decadencia que causaba lástima. Veníanse á la memoria los versos de Rodrigo Caro, aunque las casas de Tocaima semejan poco á las antiguas ciudades griegas ó romanas, y se recordaba aquellas épocas en que ese pueblo era, á un tiempo, el Vichy, el San Sebastián y el San Juan de Luz de Colombia, cuando los bogotanos venían á buscar en las maravillosas aguas de la Catarnica un rato de solaz ó la salud perdida en devaneos y francachelas. Entonces calles y plazas hormigueaban de gente en las noches de luna, cuando el aire dilataba los pulmones y alegraba los ánimos abatidos por el calor diario, resonaban tiples, bandolas y guitarras acompañando las trovas populares ó las canciones bogotanas.

Ahora.... un velo de melancolía arropa la ciudad, devastada por dos epidemias: la fiebre y la viruela. Forasteros y vecinos ricos habían puesto pies en polvorosa para salvar el querido pellejo, y sólo el médico y el cura, dos tunjanos heroicos, los doctores Gallo y Granados, hacían frente á los peligros y permanecían en pie, como marmóreas columnas, mientras reinaron esas pestes. ¡Honra á sus nombres! Sin ellos, especialmente sin el primero, mayor habría sido el estrago, más numerosas las víctimas.

Por una calorosísima tarde del mes de Diciembre, en el año citado, llegué á Tocaima. Mi compañero, que temía por su vida, picó espuelas á la pícara mula de alquiler en que cabalgaba é invitóme á poner al galope mi caballo blanco, para que los miasmas ó microbios de la viruela ó de la fiebre no alcanzaran á penetrar en el organismo. Díle gusto, y pasámos á todo escape por ese pueblo, sin ver alma racional, pues sólo algunos asnos con aire al parecer melancólico y tal cual ciudadano "de esos que gruñen y que comen grano," miraron con asombro nuestra vertiginosa carrera.

Al salir de Tocaima, en dirección al Tolima, se desciende, como todos saben, por una cuesta pedregosa, echando los bofes, con un sol de 50°, hasta llegar á una planicie por la cual se desliza perezosamente el río Bogotá. Gracias al señor Sarabia Ferro, pásase el río por un puente de hierro que Dios conserve allí muchos años, pues sin él las fatigas del viajero aumentarían ciento por ciento.

Arriba del puente encuéntranse unas casas pajizas, donde puede tomarse chicha ó guarapo á discreción, y sigue el camino para el Tolima por un terreno casi llano, bastante árido, nada alegre, con pocos árboles, y que en Diciembre, á las dos de la tarde, bajo los rayos del sol, reverbera como el horno de Vulcano ó la fragua del mismo Lucifer. No sólo se me secaron los sesos aquel día, como á D. Quijote, sino se achicharraron por completo, y cerca de Isná empecé á sentir los síntomas de la insolación, de la asfixia. Deparóme Dios á buen tiempo una venta y un sabroso cuero de res para salvarme de muerte repentina; y las fricciones de aguardiente sobre la reseca mollera reanimaron los vitales espíritus, al mismo tiempo que unos plátanos hartones asados (¡bendígalos Dios! es lo mejor de tierra caliente) y una jícara de chocolate tolimense confortaban el también adolorido estómago.

En tan delicioso albergue, quería reposar hasta la hora del crepúsculo, pero mi abominable compañero, con ansia de llegar á sus lares, engañóme diciendo que éstos se hallaban cerquita. Continuámos, pues, el fatídico viaje. Media legua habríamos caminado, hirviendo nuestra sangre y bajando sudorosas y cansadas nuestras caballerías, cuando volvió la asfixia. En un punto llamado *Puná*, por fortuna corría un ria-

chuelo, que en invierno es casi un río: sombréanlo ceibas y otros árboles que dan frescura deliciosa. Allí reposé otra hora, recobré algo los alientos y seguí con más valor que el de Córdoba ó Ricaurte, seguro casi de abandonar los huesos por ahí en una encrucijada del malaventurado camino. Descendía yá el sol, siempre ardiente y colérico, dejando anonadada, por decirlo así, la naturaleza é iluminando el ocaso con vivísimos resplandores, cuando llegámos á las primeras casas pajizas de un lugar que yo no conocía y á describir el cual tienden estas páginas.

Extendíase ante mi vista una larga y no muy ancha calle, con casas de regular aspecto, situadas á la sombra protectora de los árboles, que en aquel peñón y en aquel clima son el más rico presente de natura. En las dos primeras casas (y fue lo que llamó especialmente mi atención) no solamente había árboles, sino pequeños jardines cuidados con esmero, donde los habanos, jazmines malabares y bellísima enredadera regalaban sus perfumes.

Tomámos á la derecha, atravesámos una como calle campestre, sembrada de chozas ocultas entre los árboles y arbustos, y á pocos pasos llegámos á la verja pintada de una quinta alegre, blanca, protegida del sol por árboles soberbios, con su jardín al frente, anchos corredores con verdes y rosadas cortinas naturales de bellísima y un aire engañoso de paz y dicha que serenaba el alma.

Apenas abandonámos el estribo y llegámos á la verja, salió del interior de la casa una joven vestida de luto, pero fresca, risueña, con mejillas rosadas, que gritó: ¡Adriano! ¡Ricardo! Nos tendió los brazos y nos condujo al interior de la casa, donde encontramos ¡ay! en el lecho del dolor al esposo de la joven enlutada, al amigo que veníamos á visitar, un poeta y un mártir....

¡Estábamos en la morada de Luis Carlos Pradilla, en el pueblo y Lazareto de Agua de Dios!

II

Brillaba el aseo, el orden y el gusto en la sala de la quinta. Flores y objetos de arte sobre las mesas, cuadros y fotografías en las paredes, dos retratos al óleo en marcos dorados representando las nobles, hermosas fisonomías del padre y de

la madre de Pradilla, adornaban esta habitación. Rápidamente penetré al aposento donde yacía en cama Pradilla, y nos dimos fraternal abrazo. Yo lloraba al ver, después de tantos años, aquel amigo querido postrado por el cruel dolor, y ciego para siempre....

Pradilla cifraba en los treinta y siete años. Alto, delgado, lampiño, de fisonomía al parecer ascética y serena, con el pelo algo cano y el porte del todo aristocrático, imprimía respeto al principio y luégo despertaba general simpatía al verlo discurrir con juvenil calor, elocuencia y entusiasmo sobre cualquier asunto que trataba su brillante inteligencia. Sensibilidad exquisita, corazón de oro, carácter adorable, educación esmerada, talento cultivado, modales corteses, seguro criterio: todas estas condiciones formaban de Pradilla un sér que en otro escrito he llamado, sin exageración, "casi perfecto."

Pero mi amigo merece, y tendrá en este librejo, capítulo especial. En él completaré su retrato.

—¡Por fin viniste! me dijo, después de abrazarnos y cuando hube tomado asiento cerca de su lecho. Yá casi no te esperábamos. ¡Tántas veces se había frustrado tu viaje! Llegas por desgracia en mala época. B.... está aún en peligro por causa de la viruela, aunque espero salvarlo (y lo salvó en efecto Pradilla), y yo, con las fatigas y calores de estas semanas últimas, yendo de casa en casa á ver tántos enfermos, he caído en cama también. No podré acompañarte, como deseaba, en tus paseos y estudios; pero estaremos juntos, charlaremos, y María te cuidará y procurará hacerte menos penosa la residencia en este triste lugar.... Pero te siento medio asfixiado: descánsa y tóma algún alimento. Cuando estés mejor, seguiremos charlando.

Seguí el consejo de Luis Carlos. Horas después las brisas de *Malachí* refrescaron el horrible arenal y dieron vida á los espíritus agonizantes. Pudimos, pues, departir Carlos y yo hasta bien entrada la noche.

¡Quién hubiera pensado entonces que tres años más tarde, al llegar yo por cuarta vez á Agua de Dios, sufriera Carlos en mi propia casa un ataque mortal y tuviera yo la indecible pena de verlo agonizar por muchos días y morir en mis brazos el 15 de Enero de 1889! ¡Quién hubiera imaginado que en aquel

aposento—donde escuché cien veces las más bellas lecciones de filosofía espiritualista, y donde vi auxiliar con dinero, remedios y consejos á cuantos infelices llegaban á ese recinto santificado por el heroísmo y el dolor—recibiría yo el último suspiro del filósofo-mártir y caería de rodillas al lado de los ángeles derramando arroyos de lágrimas!....

Carlos era joven aún, y pudo vivir más, pero el verdugo interno que lo martirizaba desde la infancia, túvole compasión é hirió con golpe mortal ese admirable cerebro que contenía los más nobles pensamientos. Ahora me cumple adornar con estas flores su humilde sepultura y dar á conocer sus virtudes y sus obras inéditas entre mis compatriotas; tal vez más lejos, si estas hojas llevadas por el viento, traspasan los Andes, los mares, y revolotean por las pampas del Plata ó el país de los hijos del sol. El dulce, heroico, modestísimo poeta no aspiró sino á vivir como un estoico y á morir ignorado; pero sería imperdonable que su nombre y sus escritos cayeran en temprano olvido y no figuraran en nuestra literatura. La pálida musa de dolor meció la cuna, rigió la vida y veló la agonía de Pradilla: que ahora—como la piedad de Miguel Angel—lo tenga en sus brazos marmóreos y custodie siempre su sepulcro!....

CAPITULO SEGUNDO

LA LEPRA

Existen en casi todas las regiones de Colombia millares de seres perseguidos por las feroces Euménides y las potencias infernales.

Muchos vegetan en las soledades del Cauca ó en las playas del Atlántico y del Pacífico. Otros vagan como fieras en las montañas del Opón y en las llanuras de San Martín y Casanare. Otros agonizan en miserables cabañas. Otros (y son los menos infelices) están bajo el amparo del Gobierno en los lazaretos de Bolívar, Santander y Cundinamarca.

En su frente llevan el signo de melancolía eterna y de temprana muerte. Su presencia trae á la memoria las calamidades y epidemias de tiempos remotos; y aunque la ciencia y la experiencia demuestran que la lepra ha degenerado, que no es contagiosa, que ninguna relación ni semejanza hay entre el mal nefando descrito por Moisés y el que todos aquí conocen; aunque hay diferencias no menos grandes entre los gafos y laches de la Edad Media y los actuales leprosos, siempre la preocupación y el espanto siguen á éstos, á pesar de cuanto diga la ciencia y prescriba la caridad cristiana.

Su martirio, pues, no tiene límites. Invisibles verdugos torturan su cuerpo é ideas dolorosísimas perturban su alma. Es, en realidad, el suplicio eterno de Prometeo, el símbolo poético más grandioso y aterrador de la poesía antigua. Sin las madres, esposas y hermanas, que les sostienen en esa desigual lucha, mil veces habrían buscado consuelos y descanso en la muerte....

En suma, no existen seres más dignos de piedad, según los preceptos de la moral y de la religión, porque entre todos

los que pueblan el globo son los más desgraciados. "No se concibe su existencia ni tiene explicación su martirio, en vista del orden, armonía y amor que debían regir el Universo" (1).

Agua de Dios es uno de los puntos donde han buscado refugio los colombianos enfermos de elefancía.

Hacía tiempo que yo deseaba visitar á mis hermanos en desgracia y aun vivir con ellos para siempre.

Inconvenientes diversos, sobre todo los trabajos periodísticos á que me contraje desde 1877 hasta 1884, habían contrariado aquel proyecto, que al fin realicé, como he dicho, á fines de 1885.

Mi objeto principal era estudiar la marcha del Lazareto y dar al Gobierno y al público informes verídicos y periódicos para mejorar poco á poco ese precioso establecimiento.

Además, aunque no fuera médico y careciera de conocimientos científicos, la observación y la experiencia podían suministrarme datos importantísimos para conocer las causas de la lepra en la generalidad de los casos y su carácter inofensivo ó contagioso.

En distintas publicaciones hechas desde 1885 hasta hoy, he cumplido ese propósito, y pongo fin á mi tarea con el presente libro.

Creo hacer un servicio al país pintando las cosas fielmente y diciendo la verdad.

Duéleme escribir sobre temas tan delicados y hacer descripciones tan dolorosas. Bien quisiera guardar un estoico silencio y "estar yá confundido con la pulverizada familia de los suelos!"

Pero mientras la enfermedad no paralice mis manos y seque totalmente mi cerebro, consideraré un deber sagrado el de no callar lo que siento y pienso en puntos que son de "vida ó muerte" para nuestra nacionalidad.

Bajo las apariencias frívolas de una simple narración de viaje, se oculta, pues, un pensamiento que no dudo merecerá la simpatía de todos los pensadores y hombres de corazón.

Trátase de una calamidad nacional que puede tomar las proporciones de una catástrofe espantosa.

La generación actual está atacada por la lepra; pero las

(1) Carta del autor al Ilustrísimo Señor Arzobispo de Bogotá.

miserias del presente nada significan ante el espectáculo que ofrecerá este desgraciado país en el porvenir.

Por las causas que mencionaré en otros capítulos, y prescindiendo del factor contagio, calculo que la cuarta parte de la población de Colombia al finalizar el siglo XX será presa del "Rey de los Espantos," según la enérgica expresión de Parra, si desde ahora no se toman medidas defensivas contra ese Atila de la más horrible especie.

Estudiar incesante y científicamente la lepra; dar eficaz auxilio, en establecimientos modelos, á los que sean atacados por ella; emplear todos los medios posibles para impedir su desarrollo; esto es lo que exigen el espíritu del siglo y la conveniencia nacional. Apartándose de este programa, no habrá salvación para nuestra raza.

¡La lepra! Desde épocas remotas ese mal, en diversas y odiosas formas, ha pesado sobre el hombre como una maldición eterna.... En Europa, Asia y Africa causó estragos y devastó naciones. Con el transcurso de los siglos, los adelantos de la civilización, los cambios de clima y otras misteriosas causas que no indica la historia, ha degenerado esta endemia, ha perdido el carácter horrorosamente destructor y nocivo de las primeras edades, pero siempre se considera como uno de los principales agentes de muerte ó destrucción del género humano.

He dicho, y lo sostengo de nuevo, que la lepra descrita por Moisés y considerada como esencialmente contagiosa, según las leyes que dictó ese legislador, no tiene semejanza alguna con la que se conoce en este siglo, ni menos con la endémica en Colombia.

Es evidente también que la lepra que reinó en Europa durante la Edad Media era de naturaleza más perniciosa y fulminante. Una insigne escritora, doña Emilia Pardo Bazán, el primer prosista español contemporáneo, en su obra sobre San Francisco de Asís, ha descrito, con pluma apocalíptica, lo que era la lepra en el siglo XII.

Sin suprimir la parte del cuadro que hace erizar los cabellos, insertaré aquí esa página de oro para que sirva de tema de meditación sobre la manera como debe tratar á los elefanciacos la sociedad actual, y para embellecer este librillo con

una de las muestras más hermosas de la moderna literatura española.

"Aparecíase la lepra á manera de horrendo enigma propuesto al hombre, que ignoraba sus causas y los medios de combatirla. Semejante á árbol maldito que arroja innumerables renuevos tan emponzoñados como él, desarrollábase el contagio con gran lujo de horribles variedades. Ya era la lepra negra, que abigarra el cutis salpicándolo de manchas y tubérculos leonados ó del matiz de las heces del vino; que hace manar del rostro un humor repugnantemente oleoso, que hincha y desfigura todas las facciones; que roe el cartílago de la nariz, el pabellón de los labios; que se lleva el cabello, la barba, las pestañas y las cejas; que deslíe los ojos en una masa purulenta, y vuelve quebradizas como cristal las uñas; que encoge los músculos y va desprendiendo una á una las falanges de los dedos, hasta que por último llega á desligar las articulaciones que sostienen manos y pies. Ya la lepra blanca, que, destruyendo el pigmento, tiende un sudario de nevada podredumbre sobre los muertos tejidos. Ya la lepra ulcerosa, que va cebándose en la epidermis, en la carne, llegando con su caries, hasta la medula de los huesos, haciendo del cuerpo vivo conjunto de viscosa fetidez, despojo informe, roído por todas partes, como están los cadáveres en el osario, animado sólo de un espíritu para sufrir. Ya la elefantíasis de los árabes, que muda la forma de hombre en monstruosa caricatura de paquidermo; que da al cutis apariencia de cuero tosco y rugoso, ó le cubre de leves escamas de pez, ó bien de gruesas costras amarillas; que entumece y anestesia los miembros hasta el extremo de que el paciente no los tenga por parte de su cuerpo, sino por carga horrible que arrastra pegada á sí. Y bajo cualquier aspecto que se presentase la lepra, rebelde entonces como hoy á los esfuerzos de la medicina, contagiosa quizá, repulsiva á los sentidos, era más temible y cruel mil veces que la peste, porque el infeliz leproso se veía á sí propio corromperse, deshacerse y fenecer, no con rápido aniquilamiento, sino con sepulcral lentitud, como difunto abandonado yá á la lobreguez, á las sabandijas y al hedor de la fosa.

"Compréndese bien la impresión producida en los ánimos de la gente, en la Edad Media, por la lepra, terrible testimonio de que la vida y salud del hombre brotan y pasan cual la flor de los campos; de que son viento y humo no más; de que la podredumbre es nuestra madre y los gusanillos nuestros hermanos. Hay quien acusa hoy á los siglos medios de haber postergado el cuerpo, menospreciando y anatematizando la carne; mas ¿cómo pudieran dejar de ser profundamente espiritualistas edades que

veían la gentil hermosura vuelta cieno, la lozana robustez aniquilada por misteriosa epidemia, la gallarda forma mudada en deformidad y horror, el organismo admirable del Rey de la creación hecho blanco de todas las miserias, sirviéndole tan sólo la superioridad para acrecentar la tortura? Insensato fuera en verdad el culto de la belleza física cuando al contacto del dedo de fuego del mal se consumía como arista deleznable; loca la apoteosis del cuerpo, cuando éste, declarando su origen de barro y lodo, volvía á la inercia de la materia, perdida la delicada estructura de sus más íntimos tejidos, la sensibilidad de sus fibras, el ejercicio de sus más nobles órganos, el tuétano mismo de sus huesos. ¿Qué valía el verdor de mocedad, qué el brillo de la tez, qué el fulgor de la mirada, qué el garbo del talle, si de la noche á la mañana, en un instante, era la más linda dama hediondo esqueleto, y el galán más apuesto objeto que ponía espanto? Pero bajo la cárcel de arcilla del cuerpo leproso, la sociedad de los siglos medios adivinaba una sustancia inmortal, una partícula luminosa, un alma. Aislábase al leproso prohibiéndole con severidad la asistencia á sitios públicos, ferias, mercados, tabernas, molinos, iglesias, monasterios; el tocar á cosa alguna que de su propiedad no fuese, el atravesar por calles ó senderos estrechos, el acercarse á mujer alguna, excepto la suya; el sacar agua de los pozos, el salir sin las insignias de gafo. En un lugar apartado y desierto alzábase pobre choza, asilo del desventurado por todo el resto de su miserable vida. Allí encontraba el grosero traje especial, distintivo de su gafedad; allí el barril, el embudo, la tosca vajilla con que había de guarnecer su mesa perpetuamente solitaria. Estábale vedado dirigir la palabra á nadie: su modo de llamar por los demás hombres era el redoble de una carraca; su compañía, el silencio; sus labios debían apartarse de las ondas frescas de fuentes y ríos; su aliento emponzoñaba el aire; sus manos se guardaban de posarse en la cabeza de los niños. Tal era la condición del leproso. Pero la gran moderadora y educadora de los siglos de hierro, la Iglesia, no olvidó á las ovejas enfermas y roñosas, antes con especial ternura las estrechó en sus brazos. A la antipatía que el pueblo, sensualista por naturaleza, mostraba á los repugnantes gafos, opuso el Cristianismo simpatía y respeto, enseñando que Cristo había sido por los profetas anunciado al mundo como leproso; que había amado á los leprosos singularmente; que éstos eran en la tierra imagen del Salvador mismo; que sus plegarias, purificadas por el dolor y la tribulación, llegaban más presto á los pies del que llamó á sí á los afligidos; que aquella muerte lenta del cuerpo era renacimiento y luz para el

espíritu; que si á veces podía la capa de lepra ser castigo de ocultas iniquidades, otras era visita del Señor á sus predilectos, como lo fueron los males horribles de Job el Justo. Los Concilios reclamaron para el leproso la comunión de los fieles, la entrada en el templo, la Eucaristía, la indisolubilidad del lazo conyugal, que aseguraba al desdichado el santo consuelo del amor legítimo; y en fin, la tierra sagrada para dormir el sueño eterno. Los Papas encomendaban á los Obispos gran celo y afecto en el cuidado de los leprosos, y los Obispos los visitaban y asistían. En el Concilio de Letrán declaróse la Iglesia madre de todos los cristianos, protestando contra la dura existencia impuesta á los míseros á quienes en su solicitud prodigaba dulces nombres, llamándoles *pobrecillos del Dios bueno, amados de Jesucristo.* Penetradas de afectuoso y consolador espíritu se hallan la ceremonias con que la Iglesia solemnizaba el acto de segregar al leproso del cuerpo social. Celebrada la misa por los enfermos, revestido el sacerdote con estola y alba, derramaba agua bendita sobre la cabeza del leproso; en seguida le hablaba del reino del Paraíso, donde no existe adversidad ni mal, donde los bienaventurados resplandecen como el sol sin mancha alguna, y del lazo nunca roto que une á la Iglesia con todos sus hijos. Bendecía después los mezquinos enseres, el pobre ajuar; esparcía tierra del cementerio sobre la frente del futuro solitario, pronunciando la solemne frase: *Sis mortuus mundo, vivens iterum Deo.* El pueblo entre tanto entonaba graves cánticos. Sobre la misma puerta de la cabaña del leproso colocaba el sacerdote la cruz, signo santificador de la mísera morada; al pie, un cepillo recogía la limosna de los transeúntes; y dejando yá al triste en la silenciosa mansión, el clérigo y la multitud se volvían juntos al templo, á impetrar del cielo paciencia para el vivo enterrado. En Pascua de Resurrección, cuando la primavera viste de gala campos y bosques; cuando despierta el mundo del hibernal sopor, estremeciéndose de júbilo, la Iglesia recordaba que un paria gemía abandonado, mezclando sus ayes de amargura al concierto inefable de la naturaleza; y entonces decía al leproso:—'En memoria de este tiempo santo en que Cristo alzó la losa de su sepultura, rómpe tú esa cárcel y sál á gozar del perfume de las flores, y á ver el azul del cielo.' Y era lícito al leproso en Pascua respirar el aire libre.

"¿Qué fuera de los leprosos á faltarles el natural amparo de la Iglesia, en épocas en que la muchedumbre, ignorante y vehemente, hecha á presenciar bravesas, inhumanidades y escenas de exterminio, era tan fácil en verter sangre, á pocas persuasiones de la credulidad ó del odio? Si el baluarte moral de la protección

eclesiástica no defendiese á los infortunados leprosos, no hay duda en que el populacho concluyera con ellos, sin piedad, allí donde los encontrase. A despecho de la influencia eficaz del Cristianismo, todavía es tal la fuerza de las impresiones sensibles que mueven á repugnar lo feo y lo infecto, á asociar la deformidad moral y física, que aun hoy el nombre vulgar que recibían los leprosos (*ladres, maladres* en Francia, *gafos* en Castilla) es un epíteto insultante; que en Guiena se les creyó causa de la peste y envenenadores de las aguas; que en España se les acusó de haberse confabulado con los moros granadinos y con los hebreos para tramar la pérdida de los cristianos; que, en suma, á cada momento se hallaban en peligro de ser víctimas del furor de las turbas, y degollados en masa, si religión y caridad no protegiesen su existencia. Y la Iglesia, al proponerse escuchar á los proscriptos, no echó mano de medios fuertes y violentos: empleó el más suave y seguro: el amor. Amó mucho á los leprosos, y su cariño se comunicó al mundo entero. En los modernos tiempos, desde que el Estado, eje de la máquina social, monopoliza la beneficencia, la miseria, que en cierto modo pudiera llamarse lepra de nuestros siglos, es encubierta, emparedada, escondida, porque no asome á la superficie de nuestra soberbia civilización: arrincónase al mendigo, acallándole con un mendrugo, si es posible; mas ¿quién le ama, quién le acaricia, quién le corteja como eran en la Edad Media cortejados los leprosos? Filántropos hay que con sincera abnegación se consagran al socorro de sus semejantes; no faltan medios materiales; la bolsa del rico se abre, no sé si de compasiva ó de medrosa; ¿pero en dónde está el amor, que todo lo endulza, calienta y vivifica? ¿En dónde están reyes como San Luis, que al separarse del hediondo leproso del lazareto de Loyaumont, sentía el mismo pesar que si se apartase de un pedazo de su alma? ¿En dónde Isabel de Ungría, que deponiendo la triple diadema de poder, juventud y hermosura, curaba diligente y festiva las inmundas llagas del elefanciaco? ¿En dónde la condesa Sibila de Flandes, dedicada en lo mejor de su vida al cuidado de la lepra? Porque importa notar que la Iglesia, al infundir piedad de los desventurados, no se dirigió primero á las clases populares: el ejemplo, la lección sublime, de lo alto habían de descender: y así como el que murió en la cruz era un Dios, los que le imitasen debían ser lo más encumbrado de la terrenal grandeza. Convenía que los pies del leproso fuesen lavados por blanquísimas y bellas manos reales; que orgullo, sangre y beldad se postrasen ante la vileza, miseria y horror, para alzarse después ceñidas de divina auréola."

Hoy es desconocida la lepra en Francia, Inglaterra, Alemania, Rusia, etc. Hacia el Mediodía de Europa (España, Portugal é Italia) suelen presentarse raros casos, pero no se desarrolla, lo cual prueba palpablemente que no es contagiosa, pues allí no hay lazaretos y los enfermos viven con el resto de la población. En Grecia y en la parte más septentrional de Europa (Noruega, Islandia, etc.) es mayor el número de leprosos, pero tampoco aumenta hasta el punto de causar alarma, como sucede yá en toda la América Meridional.

Es, pues, indudable que hay causas ignoradas hasta hoy para que se propague esta enfermedad en regiones tan diferentes como "las heladas costas de Noruega, los ardientes valles de la India y el suave y amoroso clima de Grecia." Investigar dichas causas en todas estas Repúblicas debe ser labor patriótica de los hombres de ciencia; así como esencial, primordial obligación de los Gobiernos auxiliar esas investigaciones y experimentos con todos los recursos de que disponen. La ciencia, no lo dudéis, penetrará al fin el misterio y encadenará al monstruo. En veinte años la medicina ha adelantado más que en dos siglos. Asistimos á la transformación del mundo. Maravillas seguirán á maravillas como las olas á las olas en el Océano. Dichoso, inmortal el hombre que venza al Esfinge ¡Oh mártires! Entonad el himno de los ángeles de Fausto:

"¡Cristo resucitó! ¡Feliz el alma amante que soporta la prueba de los tormentos y de las injurias con humilde piedad!"

No tardará ¡oh mártires! en sonar la hora de la redención! No está lejos el futuro Libertador.

CAPITULO TERCERO

ASPECTO FÍSICO DE AGUA DE DIOS

En general es árido y agrio todo ese terreno, exceptuando las vegas próximas al río Bogotá. Con grandísima industria é ímprobo trabajo los habitantes han formado pequeños potreros y establecido cultivos que destruye casi periódicamente la langosta. Maravilla ver que un peñón que resiste enérgicamente la acción de la barra, y donde con dificultad penetra el arado (instrumento de poco uso en tales tierras), se cubre dos veces de maíz y otros frutos, mientras que los potreros, que en verano parecen estériles arenales, reverdecen y recobran exuberante vida con las primeras lluvias del invierno. Y fijáos en que esos terrenos están cruzados apenas por dos ó tres corrientes ó, mejor dicho, hilos de agua; lo que prueba que si hubiera modo de regarlos, á usanza de los árabes, como en las huertas de Murcia y de Valencia, serían de una fertilidad sin igual. Basta andar un cuarto de legua, camino de Nilo, y al tropezar con la quebrada de *La Dulce,* que corta la vega de *Banero,* magníficas alamedas de palmas, ceibas y otros árboles majestuosos indican que la humedad benéfica, en unión del sol, prestan ayuda á la naturaleza para que despliegue lujo y pompa de emperatriz, como acostumbra en todas nuestras tierras calientes.

Por imperdonable descuido, cuando se organizó el Lazareto no se hizo la división y mensura de los terrenos de Agua de Dios é *Ibáñez,* vendidos por el doctor Manuel Murillo al Gobierno de Cundinamarca; y las Juntas de Beneficencia que han funcionado desde esa época, olvidaron tal deber, lo que ha acarreado resultados funestos para los intereses públicos.

Por el Sur la hacienda de *El Oral* penetra hasta la población, y su respetable propietario sostiene que le pertenece una importantísima faja de tierra, que va del cerro de Agua de Dios (en cuyo pie están los famosos chorros de este nombre, sin los cuales el Lazareto no existiría) nada menos que hasta el río Bogotá. En las vegas del mismo río, y por el Norte, otro ciudadano colindante, que yá murió, fue conquistando año por año (según pública voz y fama) terrenos del Lazareto. Hay quienes sostienen que *La Dulce* correspondía al mismo; y la cuarta parte de Agua de Dios é *Ibáñez*, hasta ahora poco, pertenecía á más de veinte personas. La actual Junta ordenó comprar esa parte y levantar un plano de toda su propiedad, que aún no está hecho; pero ha despertado la opinión é impedirá que continúen los despojos. La codicia humana ha tomado allí figura de hiena. El judío Sylock, pretendiendo cortar á Antonio una libra de carne en pago de tres mil ducados, no manifestó más crueldad que las gentes (si las ha habido en efecto) que han aumentado sus posesiones con tierra arrebatada á los seres más pobres y desgraciados del universo.

Colocado el espectador en la parte más elevada del peñón sobre el cual descansa Agua de Dios, descubre un horizonte bastante dilatado. En las mañanas serenas, el nevado del Tolima semeja inmenso y prodigioso diamante. Hacia el mismo lado, en el fondo del valle, por donde va el ferrocarril, bajan el Apulo y el Bogotá, reunidos, á juntarse con el Magdalena. Por el Oriente se divisan la pequeña cordillera de *Ibáñez* y la *Mesa de Limones*, grande y bellísima sabana que, por desgracia, carece de aguas corrientes, y que separa los territorios de Nilo y de Melgar. Por la parte Norte se extienden los campos del distrito de Tocaima, y más lejos los picos de la cordillera oriental. El paisaje no es desagradable, sobre todo en invierno, pues bastan algunas lluvias para que esas tierras, que parecían calcinadas por el fuego del cielo, como Sodoma y Gomorra, se cubran de pastos y verdura.

Las habitaciones ocupan la parte más llana del peñasco ó peñón. Todas son pajizas, exceptuando las que hay en el lado oriental de la plaza, el edificio de *Ibáñez* y la capilla en construcción. Las mejores casas están situadas en la calle ancha que forma el camino público para Neiva; tienen buena

apariencia y brillan por su eximia limpieza, y algunas, como he dicho, por las flores cultivadas con esmero y conservadas no obstante los rigores del clima. La capilla será de un solo cuerpo, sin columnas, pero de construcción sencilla y elegante. En la calle descrita se está concluyendo una cómoda y espaciosa casa para el servicio de la Administración, y pronto empezarán los trabajos de un buen hospital hacia la parte superior de la plaza principal. En ésta se ha reedificado la hilera de ranchos que se incendió en.... Las miserables casuchas de barro y paja son reemplazadas por otras de adobe y teja, muy decentes y unidas entre sí por un largo corredor, que será punto de reunión para los vecinos en los días calorosos y las ardientes noches de verano.

CAPITULO CUARTO

LA SOCIEDAD DE AGUA DE DIOS

En los días siguientes á mi llegada pude conocer la sociedad culta de Agua de Dios; y durante mi residencia tuve también relaciones con gran número de individuos pertenecientes á lo que en Colombia se llama el pueblo. He viajado bastante, dentro y fuera del país; he vivido en ciudades populosas y en ruines aldeas; conozco regular porción del género humano. Pues bien: declaro que es difícil encontrar un conjunto de personas sometidas al yugo de un infortunio excepcional, que reúna tan buenas condiciones para hacer frente á los rigores del destino y á los golpes de un enemigo tan misterioso como implacable.

Un filósofo haría allí el libro más instructivo y profundo sobre "El Dolor." Probaría que el espíritu puede triunfar casi siempre de la materia; que el talento se aumenta, purifica y cristaliza, por decirlo así, mientras gime la carne, y que la parte sana, moral del hombre, adquiere más belleza, elevación y fuerza, á medida que la parte corporal es desgarrada y devorada por monstruos insaciables.

El amor, la caridad, la humildad, la piedad y la paciencia reinan en ese antro de dolores. Ningún personaje histórico ha superado en valor moral y material á aquellos seres anónimos que no exhalan una queja y se inclinan como corderos (pero con alma de leones) ante la voluntad y la cólera divinas. Job fue grande en su estercolero, y su destino allí preferible al de Tiberio roído por las úlceras en sus palacios de Caprea; pero Job no pudo contenerse, lloró y maldijo con acentos que aún resuenan á través de las edades, como las trompetas del Apocalipsis. Mas ¿qué diremos de estos Jobs humildes, ignorados,

que desde hace cuatro ó seis lustros llegaron, no á la tierra de promisión, sino á un país como lo pinta el patriarca-poeta, "de miseria y de tinieblas, en donde habitan sombras de muerte y un horror sempiterno?" Era natural que al sentirse de repente heridos por el dardo mortal enviado por una mano invisible, se hubieran envuelto vivientes en la mortaja de la desesperación y atravesaran por crisis de amargura, dudas y rabia, que no podrían describirse sino con el pincel de Miguel Angel ó Rivera; porque—lo he dicho en otra parte—"todas las fábulas antiguas, los suplicios impuestos á Sísifo, Tántalo y Prometeo, no pueden compararse á la tortura física y moral á que son condenados los que ven huír la dicha, la juventud, el amor y el placer en una hora de suprema angustia cuyo solo recuerdo espanta...."

Y, con todo, esos hombres valerosísimos, esas heroínas inimitables, dominan el dolor, avasallan la materia, encadenan las pasiones, desprecian la muerte. Casi es general un sentimiento que llamaré el *pudor de la pena*, una tendencia á ocultar ó disimular lo que se padece, para aliviar á los más desgraciados; porque aquí, más que en parte alguna, hay grados en el dolor, hay categorías y divisiones en la miseria, hay el primer período de la enfermedad, soportable casi siempre, hasta el último, que ha pintado Parra, y que para muchos es peor que todos los infiernos paganos y cristianos.

La mayor parte viven trabajando: he visto—con horror y admiración—obreros que levantaban su estrecha vivienda con las manos gangrenadas; los he visto caer rendidos de fatiga cuando arrancaban las hierbas inútiles ó nocivas á sus labranzas; los he visto aprovechar la misteriosa luz de la luna para consagrarse á trabajos rurales, pues abundan los campesinos y agricultores.

Resplandecen en esta población tres virtudes: la caridad, la fraternidad y la piedad. Ámanse y socórrense unos á otros sin distinción de clases ó personas; asístense en las frecuentes crisis que ocurren, y no adolecen del egoísmo tan común en los demás pueblos. El infortunio los ha ligado con cadenas de bronce: todos procuran hacer más ligero el peso de cada cual, y la asociación, hija de la armonía, efectúa tantos milagros como en las sociedades ricas y civilizadas. Seres de naturaleza

angélica pasan día y noche á la cabecera de los inválidos, suministrándoles alimentos, medicinas y consuelos. No los desamparan hasta cubrirlos con el paño mortuorio y enterrarlos en el humilde y poético cementerio de la aldea. Los más notables, por ejemplo el Administrador y su joven Secretario, tipos de abnegación y piedad, visten á sus hermanos, cuando éstos han muerto, y piden á Dios por el descanso de sus almas. Como es natural, la mujer supera allí al hombre en el ejercicio de todas las virtudes; pero á ella consagraré un capítulo en este libro.

El Diccionario define la piedad "virtud que inspira por el amor de Dios tierna devoción á las cosas santas, y por el amor al prójimo actos de abnegación y compasión." Aceptando esta definición,—á la cual nada objetaría el censor acerado de los académicos, D. Antonio de Valbuena—diré que en ninguna parte se observa más tierna devoción por las cosas santas ni se ejecutan más actos de abnegación y compasión. A la capilla afluye la gente y toma grandísimo interés en todas las ceremonias del culto católico. Ricos y pobres han dado para construír un templo. Profunda, ardiente, sincera fe anima á todos, que suspiran por el reino celestial y la bienaventuranza eterna. Ténganse ó no creencias, se cumple allí la necesidad de un credo y se palpa el influjo de lo sobrenatural sobre el espíritu del hombre. ¿Qué harían tantos infortunados si no esperaran en un Dios y en otro destino clemente más allá del sepulcro? En este mundo están cerradas para ellos las puertas de la felicidad y no beben sino hiel y sangre. Marchan, según la expresión del poeta anónimo de Polonia, "como cadáveres vivos, con el corazón helado, solos, por en medio de un pueblo que los aborrece; solos, en el santuario de su propio hogar; solos, eternamente solos sobre la faz de la tierra." La multitud oye, pues, con respeto la voz del sacerdote que le habla de penas y recompensas: los más ilustrados creen que están expiando delitos ó culpas de sus ascendientes, ó cometidos por ellos en otros planetas; refúgianse todos en la religión como busca el hijo extraviado el seno de una madre; y este sentimiento les da alientos para resistir, sin flaqueza, los mayores martirios.

No se borrará de mi memoria el aspecto de ese pueblo el día de Corpus de 1887. Elegantísimos altares, construídos por

verdaderos artistas, adornaban los cuatro ángulos de la plaza, y de uno á otro iba una serie de arcos, festones y guirnaldas, que daban sombra y verdura deliciosas. El sol bajaba yá cuando salió la procesión de la capilla, que era también nido de verdura. Un millar de almas precedía y seguía al sacerdote. Este levantó la hostia sagrada, brilló la custodia como un haz de diamantes, iluminada por los postreros rayos de aquel astro, y el pueblo cayó de rodillas.... "¡Piedad, Señor! decían todos esos corazones en un interno é inmenso y general sollozo. ¡Piedad! ¡Misericordia! ¡Acórta este suplicio, rómpe estas cadenas, condúcenos pronto á la patria celestial! Hemos llenado con paciencia nuestros deberes, porque tenemos fe en Ti, que te sacrificaste por la humanidad; pero yá es tiempo, Señor, de reposar; que pase 'el océano de tu amor por la cumbre de nuestras culpas'.... ¡Perdón! ¡Misericordia!"

¿Llegaría al cielo esta plegaria? No lo sé, pero algunos de los que oraron ese día, yacen hoy, á la sombra de jazmines, en el cementerio de la aldea....

CAPITULO QUINTO

EL CLIMA

Hablemos del clima. ¡Es terrible, parecido al del Senegal! (En éste marca el termómetro casi siempre 28° centígrados, como en Agua de Dios, y sube hasta 40°). No tienen perdón los gobernantes que eligieron ese punto para encerrar en él á individuos debilitados yá por un mal incurable, y cuya organización, por lo mismo, es poco apta para resistir una temperatura tan fuerte. Allí no hay vida propiamente dicha, porque el calor paraliza las funciones del cuerpo y del alma casi por completo. En las primeras horas de la mañana y en las altas horas de la noche se puede respirar, andar, trabajar algo, ó cuando soplan las tibias brisas—perjudiciales pero ansiadas—de *Malachí*, que traen el fresco de las montañas y hacen bajar el termómetro rápidamente. A las 2 de la tarde cada rancho ó casa de paja es un horno—sin metáfora;— la arena de las calles pringa; las flores y plantas desfallecen; el peñón reverbera como ardiente lava, el ganado se tiende mustio, exánime, bajo los árboles; la atmósfera toda es de llamas; los rápidos lagartos no se resuelven á hacer sus excursiones acostumbradas; todo sér viviente, menos el hombre, busca la sombra, el descanso. Pues bien: á esas horas veréis centenares de enfermos atravesar descalzos calles y plazas, ó rompiendo con el azadón la durísima peña, ó componiendo el cercado de sus habitaciones; en fin, cumpliendo esta ley inexorable del trabajo, hasta que la asfixia les oprime la garganta, ó el cáncer devora sus manos, ó la hidropesía llena de agua sus tejidos, ó la consunción los convierte en esqueletos y fantasmas.

Si penetráis en las casas, veréis un espectáculo que con-

movería á las piedras. Tres, seis, diez personas—los inválidos, incurables é impotentes—en un espacio de cuatro metros, yacen extendidos sobre pobres camas, cubiertas por el acostumbrado junco donde pululan millones de los célebres chirivicos. Los pulmones de esos infelices hacen un ruido de forja, buscando y no encontrando el oxígeno necesario para la respiración. Algunos se procuran aire artificialmente; otros caen anonadados—como *corpo morto cade*—y no tornan á vivir hasta las ocho ó diez de la noche. En ciertas organizaciones muy nerviosas el calor produce locura; gentes hay que se vierten vasijas de agua en el pecho aunque estén sudando á chorros y mueren tísicos en corto tiempo; las hay que forman un pozo en el suelo de sus chozas y se tienden allí desnudas, sudando á mares también; éstas empapan el enladrillado con vinagre y se dan un baño de ácido acético, que es veneno fulminante para los nervios; aquéllas (las pudientes) se arrojan entre el agua cuantas veces pueden, sabiendo, como saben, que los baños inoportunos los llevarán á la tumba.

¡Oh! el calor, el calor agregado á una enfermedad crónica, implacable, que no da un minuto de sosiego á sus víctimas en el último período, es el tormento más cruel que imaginarse pueda. Razón tienen los Reverendos Padres para pintar el infierno con llamas inextinguibles, diablos con largo rabo y calderas llenas de aceite hirviendo y plomo derretido, pues bien saben ellos que tal pintura forzosamente impresionará á los herejes y pecadores de esta viña del Señor. Declaro, para descargo de mi conciencia, que considero feroces Inquisidores á los que eligieron este quemadero para vivienda eterna de los elefancíacos, y consideraré como un crimen de lesa humanidad, contra el cual protestaré siempre, el que se continuén remitiendo enfermos, por manadas, á un punto de las condiciones descritas, donde yá no hay habitaciones ni aun para los que actualmente agonizan.

Y llamo la atención de Gobiernos y Juntas de Beneficencia sobre esto: en los nuevos lazaretos que se formen preciso es consultar, ántes que todo, las condiciones naturales del territorio: preciso es que haya agua en abundancia, vegetación fértil, facilidad para los cultivos y, sobre todo, clima que no pase de 25.° ni baje de 20.° Torpe, bárbaro, criminal, es enviar colonias de colombianos á soportar por años enteros la sed,

el calor y la fiebre en arenales donde no pueden vivir las bestias feroces ni las aves de rapiña. Si lo que se pretende es que perezcan rápidamente, como perecen á manos de los árabes los habitantes del Africa austral, hay medios más seguros, y la electricidad os dará armas para asesinar á nuestros hermanos en un segundo; pero condenarlos (puesto que se les lleva como criminales) á vivir en esos panópticos ardientes, es cosa que no haría, lo juro, un comerciante en carne humana de Zanzíbar ó del Congo.

Otra observación gravísima hice en Agua de Dios: es enorme, proporcionalmente, el número de elefancíacos ciegos. Atribuyen este hecho al pernicioso efecto del arenal sobre la vista, porque los que residen cerca de *El Chorro*, donde hay vegetación y verdura y el terreno es distinto al del pueblo, padecen menos de lesiones oculares. Es cierto que, según las observaciones hechas por Bock, Boekmann y otros médicos, éstas son frecuentes en los elefancíacos; según las estadísticas, "las tres cuartas partes tienen los ojos más ó menos gravemente afectados;" pero es lo cierto que en Santander no vi un leproso ciego y que en el Lazareto de *La Contratación*, según noticias, son raros; mientras que en Agua de Dios se cumple la observación de los médicos noruegos, esto es, "que sobre ciento hay noventa que tienen los dos ojos enfermos á la vez."

Ahora, vosotros dichosos de la tierra, ¿comprendéis el significado de esta frase: elefancíaco y ciego? ó de esta: ¿elefancíaco, ciego y paralizado? Sobre un sér humano hermoso, activo, inteligente y libre, cae el rayo en hora nefanda; día por día, durante dos, cuatro, seis lustros, él siente que se rompe cada fibra de su organismo, que se desbarata y arruina cada tejido de su cuerpo; y luégo, de pronto, cubren sus ojos nieblas eternas, á tiempo que sus manos se petrifican y se inmovilizan para siempre.... Decidme: ¿Puede haber otro sér más digno de la misericordia divina y de la piedad humana? ¿No debéis calmar sus dolores corporales con bálsamos y sus dolores espirituales con amor, y proporcionarle asilos donde la naturaleza sea consuelo, no verdugo? Campos de frescas aguas que alimenten árboles y flores, y no desiertos, arenales y peñascos donde viva agonizando y muera maldiciendo.

....

CAPITULO SEXTO

UN DISCÍPULO DE VICENTE DE PAÚL

Entremos hoy á esta casa. Bien se nota que no es la mansión de poderosos ó capitalistas. Una mesa baja con estante, cuatro taburetes forrados en cuero de res, tres ó más baúles, dos esteras de chingalé: tales son los muebles de la pequeña sala. Dos aposentos estrechos é incómodos. Se oyen gemidos. Una pobre muchacha, casi ahogada, con ataque de asfixia, se debate contra el verdugo que la martiriza periódicamente. En otra pieza un hombre moribundo. En el corredor interior otro cristiano herido por un golpe de hacha, con la pierna cubierta de vendas y cataplasmas. ¡Estamos en el hospital! Sale á nuestro encuentro una bandada de chicuelas. La menor, verdadero ángel desprendido de una tela de Murillo ó Rafael, rubia, blanca como la leche, labios de granada en flor, y unos ojos pardos, vagos, indefinibles, en los cuales el observador notará como rasgos de extravío ó locura. Es huérfana. La madre murió elefancíaca. Há pocas noches, á la luz de las estrellas, la condujimos al campo santo. La segunda niña, pálida, endeble, está yá en poder del monstruo; pero, inconsciente de su desgracia, salta y canta como un pajarillo. Las otras, calentanas legítimas, de ojos y pelo negros, tienen el despejo y donaire de esta raza. ¡Todas huérfanas! ¿Estamos en un hospicio?

—¿Qué hay, Virginia? ¿Quién se queja? pregunto á la más formal de las niñas.

—Es Petronila, que está con el ahogo, contesta. Rosario la asiste.

—¿Y la señora?

—Allí en el cuartico del corredor dando caldo al calentano que llegó el domingo: dicen que se morirá.

Le puso unas cataplasmas á ñor Lucas que vino con la pierna casi partida y se fue para el hospital.

¿Y ustedes qué hacen?

—Estamos curando á Bismarck (el perro): resultó con gusanera.

—Bien, bien: dígales que estuvimos aquí. Y haciendo una ligera caricia á Tránsito—la rubia—salímos de allí con tánta emoción y respeto como de un templo.

Esa casa puede llamarse casa de todos, como la del cura en otras partes. Es un refugio para los menesterosos, á diez leguas á la redonda. Todos los que tocan á esa puerta, encuentran lecho, palabras paternales, medicinas, pan. Aunque vengan por legiones, la maga del palacio les obsequia con una taza de caldo, una jícara de chocolate ó un plato de mazamorra, potaje yá tan conocido en ambos mundos, que hasta la Academia Española, en la abominable última edición, la define diciendo que es "una comida compuesta de harina de maíz con azúcar y miel, de que se usa mucho en el Perú, especialmente entre la gente pobre."

Y ¿de dónde sacan los señores de la casa víveres y dinero para alimentar tánta gente? Preguntadlo á las aves y á las flores. Ellos no poseen un níquel. Podéis registrar todos los baúles, pues no hay armarios, ni bufetes, ni caja de hierro: no tropezaréis con la imagen del amado Fernando VII, del valeroso Napoleón III, ó de uno de nuestros queridísimos Presidentes ó Libertadores. Pero el hecho es que ellos practican todas las obras de misericordia y realizan en el siglo XIX, en un rincón de Colombia, en el más triste lugar del globo, todos los milagros de caridad que nos refieren las leyendas ó historias de San Martín, San Francisco de Asís y San Vicente de Paúl.

La señora es hija de un distinguido médico y buen patriota, que por espíritu de filantropía prestó á los enfermos los servicios de su profesión y murió en Agua de Dios el año de ...

Al lado del doctor ella había adquirido algunas nociones de farmacia, y su corazón la inclinaba á cuidar los débiles y enfermos. Unióse en matrimonio con un joven santandereano que vino al Lazareto y acompañaba como practicante al doctor L...., y desde entonces consagráronse ambos esposos á ejercer la caridad con abnegación, constancia y celo tan sublimes, que producen amor y admiración en aquel pueblo y sus contornos.

La señora (A. L. de B.) es de talla pequeña, inteligente, viva, infatigable. En una hora visita diez casas, hace remedios á veinte personas, consuela á los que ve en su camino, y vuelve á su morada para preparar con sus manos de hada alimentos especiales para muchos de los que ha visitado. Pasa en vela, no sé cuántas noches de cada mes, luchando á brazo partido con la muerte, y unida á su esposo ha salvado yá á millares de personas. Habiéndose impuesto obligaciones que abrumarían á un gigante, halla en su endeble organización recursos asombrosos para resistir la fatiga, y no hay minuto del día que no consagre á las buenas obras. En suma, es una Hermana de la Caridad, en la acepción más legítima y bella de esta palabra, un sér de esencia magnífica y que no parace formado del miserable limo terrestre.

Se recordará que cuando llegué á Agua de Dios me dijo Padrilla que B. estaba enfermo de viruelas. Así era, en efecto, pero salvóse por fortuna. Contrajo la enfermedad cuidando á los virulentos, pues llevó á algunos en sus brazos hasta el hospital, á veinte cuadras del poblado. Asistiéronlo su señora y otras personas no vacunadas, á quienes fue imposible separar de su amigo y benefactor. La autoridad hizo barreras y puso guardias en la calle donde estaba la casa de B. para impedir que la gente se precipitara allí y se propagara el contagio. Por un mes fueron generales la consternación y el dolor. En los días en que se temió la muerte de B. corrieron arroyos de lágrimas. Ningún hombre fue más amado. Por ninguno se han elevado tántas oraciones al cielo.

Jamás olvidaré el día en que, pasado el peligro, se permitió á los habitantes acercarse á las barreras de madera que obstruían por ambos lados la calle, y pudieron ver á su padre y consolador sano y salvo, dichoso, conmovido, llorando al oír los "vivas" de la multitud y los gritos de alegría de un extremo á otro de la aldea....

¡Amor! ¡caridad! ¡bondad! ¡misericordia! ¡presentes del cielo! ¡destellos de lo infinito y de lo eterno! En esa hora inolvidable conocí vuestro poder, vuestras alas etéreas rozaron mi frente....

B.... es jóven aún, bien proporcionado, figura ovalada, escasa barba, ojos y pelo negros y aire extraordinariamente humilde, modesto y simpático. En su mirada y sonrisa hay candorosa dulzura, y su palabra es de miel, especialmente para los ancianos y los niños. —¡Mamita, papacito! dice á aquéllos cuando los encuentra en su camino: los levanta y los lleva á sus habitaciones con tal ternura y cuidados tan filiales, que he visto á mujeres decrépitas llorar de gratitud y decirle: "¡Hijo mío, Dios te bendiga!"

B...., como todos los que se han inmortalizado por la caridad y á los cuales la Iglesia llama santos, extiende su amor á todo lo creado: animales, plantas, flores, seres animados é inanimados. No pisará una flor ni podrá ver un perro herido sin socorrerlo. Viajando con él encontrámos una mujer ebria, casi debajo de un caballejo que llevaba los frutos del mercado: en sus manos crispadas mantenía las riendas y una hoz que difícilmente lográmos arrancarle. La noche llegaba, y había trecho regular hasta Anapoima. Cuatro ó cinco cuadras atrás quedaba una venta. Desmontóse y quiso echarse á cuestas la mujer, invitándome á que yo condujera el rocín de cabestro.—La llevaremos entre ambos, le dije, porque ni Sansón solo resistiría tal carga. Y así lo habríamos hecho (pues la caridad es contagiosa) si no hubieran llegado unos labriegos, quienes se encargaron de aquella empresa mediante dos pesetas.

Cien historias como esta podría referir, iguales á las que doña Emila Pardo Bazán relata en su bellísimo libro sobre San Francisco de Asís, ó á las que pusieron una auréola sobre las sienes de Vicente de Paúl.

La vida de mi héroe es la siguiente: al romper el alba está en pie; corre al hospital. Examina enfermo por enfermo y pasa á la botica para enviarles ó llevarles y darles él mismo los remedios del caso. En seguida, á pie, vuela donde hay alguna persona de gravedad y á las casas de sus amigos íntimos para ver en qué puede servirles. Regresa á su casa, toma un ligero desayuno y emprende nueva correría en busca de los pacientes: lleva bolsillos y manos cargados de remedios: chocolate y pan para las abuelas, bizcochos ó dulces para los niños. En persona va á la cocina (cuando no hay quien asista al enfermo, y muchas veces aun cuando haya), prepara aguas, caldos, chocolate, con destreza y rapidez increíbles. Cura prolijamente á los que están agravados, hace operaciones quirúrgicas y sale de cada rancho llevando aún en su pupila la imagen de todos aquellos seres que lo sonríen y dícenle con amor inefable: "¡Gracias, señor Bautista!"

Necesítanse organización de bronce y corazón de ángel para recorrer la aldea á tales horas. En otro escrito he pintado el efecto de esas visitas: "El sol calcina las plantas é incendia el árido peñón donde viven muriendo los mártires de Agua de Dios. No hay brisas ni canto de avecillas, casi ni vida orgánica. ¡El sol, el horrible sol! Pues á la hora meridiana un joven (Pradilla ó C. B.) penetra en esas chozas y reanima con palabras dulcísimas y con socorros materiales á los agonizantes. Con él entraba la aurora: aun los más débiles y enfermos se sentían por algunos instantes transportados hasta las cumbres andinas, donde hay espacio, aire, luz, se ven de cerca las estrellas y palpita la vida universal!

Llega la tarde, por lo común cálida y sofocante. Trasládase B. á la botica y trabaja con un calor de 30 y más grados; vuelve una ó más veces al hospital, regresa adonde se pide su presencia, y no descansa hasta las diez de la noche. Cuando un amigo ó cualquier enfermo corre peligro, no duerme: lo asiste, lo amortaja ó viste en unión de otros jóvenes cuyos corazones son también de virtud y de amor. Y no concluye ahí la prodigiosa tarea: haga el tiempo que hiciere, de noche ó de día, á los más oscuros de esa legión dolorosa los conduce piadosamente al campo santo.

Tipos de esta especie son raros en todo tiempo. Cada vez que aparecen en la tierra dan nueva savia á la naturaleza humana: "el soplo de Dios pasa y fosas y cadáveres palpitan." La vida enseña más que todos los filósofos. Con su contacto los malos caracteres pónense dúctiles como la cera, y cálmanse la fiebre y el delirio. Despiertan las almas á todos los buenos sentimientos, y la alondra de la esperanza vuelve á cantar en el corazón.

CAPITULO SEPTIMO

ETIOLOGÍA DE LA LEPRA.—LA NUEVA TEORIA PARASITARIA

El problema de la elefancía está al orden del día. Tres Sociedades de Medicina (las de Bogotá, Cali y Medellín) examinaron, sin hallar solución hasta hoy, las causas de la enfermedad y si ésta es ó nó contagiosa. Por Norte y Sur, por Oriente y Poniente, el "Rey de los Espantos" avanza, avanza siempre. Ha invadido regiones donde antes eran desconocidas sus horribles formas que siembran gérmenes de ruina y desolación en muchos pueblos. Esto da nuevas raíces á la teoría del contagio. Personas ilustradas—entre ellas algunos médicos—siguiendo las novísimas doctrinas ó sistemas de Pasteur, Koch y sus discípulos sobre los micro-organismos (parásitos que originan varias enfermedades), sostienen yá que la elefancía también es producida por microbios y contagiosa (1).

Si esta opinión triunfara, el problema estaría parcialmente resuelto. Si los bacilos que algunos médicos han encontrado en los tejidos, tubérculos, etc., de los elefancíacos, fueran la causa de la lepra, no tardaría mucho la ciencia en transformar esos corpúsculos maléficos en beneficio del hombre, como se ha hecho con los que producen la viruela, el carbunclo, la rabia, la fiebre tifoidea y se hará pronto con los que engendran la sífilis y la difteria. Cultivándolos y minorando el virus se inocularía éste á los habitantes todos de una región donde apareciera la lepra para preservarlos totalmente; y

(1) Se refiere á un escrito titulado *Profilaxia de la lepra* que se insertó en *La Nación* de 24 de Mayo último, en que se emitían iguales opiniones á las sostenidas en este capítulo.

se encontraría al fin el antídoto para matar el parásito en el organismo y salvar al enfermo. El monstruo quedaría encarcelado, tal vez para siempre.

Desde ese punto de vista poco importaba, pues, que efectivamente fuera contagiosa la lepra, porque poseeríamos los medios de evitar el contagio y curar la endemia. Esta no sería, como es hoy, incurable, y al presentarse los primeros síntomas se destruirían los parásitos con el antídoto maravilloso de que hablo. Serían rescatadas del mal y de la muerte generaciones enteras.

Pero los bacilos que se encuentran en las células leprosas, al decir de médicos europeos, no poseen las mismas propiedades mortíferas de sus congéneres de la viruela, la rabia, etc. Un leproso vive hasta cincuenta años en compañía de ellos, mientras la víctima de la viruela ó del virus rábico perece en algunos días ó algunas semanas; lo que quiere decir que el primero no es como los últimos, causa exclusiva de la enfermedad, sino resultante de ellos; que son del todo inofensivos cuando el otro trae inevitablemente la desorganización y la muerte.

Otra diferencia capital y decisiva, me parece, contra la teoría del contagio: los bacilos de las enfermedades infecciosas se desarrollan instantáneamente, por inoculación, en los tejidos de los conejos, perros, etc. El parásito de la lepra no ha contagiado animal alguno—que yo sepa—hasta el presente: el doctor Castañeda mismo reconoce que "las inoculaciones de fragmentos leprosos en los animales sólo han dado resultados negativos, y en los hombres cítase apenas el caso del indígena inoculado por el doctor Arming en las islas Hawaïi y que se asegura está hoy leproso; historia á la cual daremos cuarentena, pues otras inoculaciones de la misma clase no han producido resultado alguno.

Hay algo más: una mujer sana vive diez, veinte, treinta años con un esposo enfermo y no la contagian los micro-organismos! No es un caso aislado: es la regla general: en Agua de Dios todos los médicos y no médicos pueden hacer esta observación; y lo mismo hice en el Estado de Santander: no conocí una mujer contagiada por su esposo, ó viceversa.

Si "los bacilos de la lepra son tan abundantes en todas

las células leprosas que se cuentan por millares;" si "su existencia es constante en todas las producciones leprosas y en todos los períodos de la enfermedad,"—como lo afirman los doctores Cornil y Babes, citados por el doctor Castañeda,—¿por qué no se contagian las enfermeras sanas que curan las ulceraciones de los enfermos en el último período? Si en algún punto deben reproducirse por millones los bacilos es en dichas úlceras; y el doctor Castañeda ú otro médico puede examinar á las personas que indico, residentes en el Hospital de Agua de Dios, en completo estado de salud.

Luego el microbio específico de la lepra no pasa de un individuo sano á un enfermo, ni en las condiciones más favorables para que haya contagio; luego es enteramente inofensivo é inoculable (por lo menos hasta que se demuestre con experimentos directos decisivos lo contrario); luego en el estado actual de la cuestión es aventurado afirmar categóricamente que el bacilo de Hansen "es la causa específica de la lepra" y que ésta "se ha propagado en Colombia por contagio."

Apelo á la ciencia y conciencia de todos los médicos colombianos para que digan si no es justo y lógico lo expuesto.

Preciso es, por tanto, estudiar el problema con todos los elementos y recursos que la ciencia exige con el fin de hallar la luz que todos deseamos en esta materia. Y no hay otros medios prácticos y seguros que estos: una comisión de médicos, compuesta, por ejemplo, de los doctores Castañeda y Durán Borda, ó de los doctores Putnam y Josué Gómez (todos los cuales entiendo que son hábiles en los estudios con el microscopio), regiamente retribuída, hará, por un año ó dos, experimentos conforme á los métodos de Koch y Pasteur y presentará una monografía completa sobre la etiología de la lepra en Colombia, para que sepamos al fin si es de origen parasitario y contagioso, pues repito que los trabajos y observaciones de profesores extranjeros no sirven para resolver el problema. Baste decir que yá médicos franceses, con la facilidad que los distingue para este género de trabajos, dividen la lepra en diversas clases; y de las dos formas aquí conocidas—la tuberculosa y la nerviosa ó anestésica—han sacado yá tres y más variedades; y lo que nos importa estudiar es la lepra endémica en Colombia, y buscar el modo de evitar su desarrollo paralizando sus estragos.

Declarar desde ahora que es contagiosa—por afición á la teoría microbiana—y sin tener las pruebas que se requieren, sería anticientífico é inhumano, pues daría lugar á medidas extremas apoyadas en la conveniencia pública.

Altísima honra alcanzarían los distinguidos colombianos que cité antes al dar solución á un problema que preocupa á gran número de médicos en las cinco partes del mundo. En cuanto al Gobierno, por un sentimiento de patriotismo y misericordia, no debiera vacilar en un gasto de veinte ó treinta mil pesos para fundar el laboratorio de experimentos y retribuír debidamente á los jóvenes sabios de Colombia.

Mientras la comisión hace estos experimentos, se levantará el censo de los enfermos en todo el país y se arbitrarán recursos para establecer, en puntos adecuados, otros cuatro lazaretos. Acumular más infelices en Agua de Dios, sin construír allí las habitaciones necesarias, no será medida conveniente. Paréceme por extremo difícil organizar y administrar un lazareto con más de quinientos inválidos, é igual concepto emitirán, creo, los médicos á quienes se consulte.

En otro capítulo se examinarán las causas geológicas y climatéricas que sin duda alguna han influído en la rápida propagación de la lepra griega en nuestro territorio. Ellas con la herencia—prescindiendo de contagios—destruirán colonias enteras de colombianos si no se corta el mal de raíz, si no se trasladan á otros puntos los moradores de los pueblos en donde reina y reinará la lepra, á pesar de cuantas medidas profilácticas se dicten, por los siglos de los siglos....

Nota.—No se piense que hago al aire y sin razón ó apoyo esta proposición de que se hagan experimentos formales antes de resolver cuestiones tan arduas. Muchos médicos y hombres ilustrados opinan lo mismo. El sabio y modesto doctor Juan de Dios Carrasquilla, en una originalísima memoria presentada há poco á la Sociedad de Medicina de Bogotá, en la cual sostiene la tesis enteramente nueva, me parece, de que no hay enfermedades hereditarias, propuso á la Sociedad que se contrajera la discusión, yá interminable, de la lepra á estos puntos:

¿La existencia del *bacillus leprœ* es un hecho averiguado y comprobado por experimentos científicos? Reconocida la

existencia del bacilo de la lepra, ¿puede dudarse aún de que sea él la causa de la enfermedad? Si se reconoce que el bacilo es la causa de la enfermedad, ¿puede asegurarse que sea contagiosa?

Habiéndole observado en carta particular que era difícil que la Sociedad resolviera esos puntos sin nombrar antes una comisión para hacer los experimentos que sirvieran de base para dar el fallo, el doctor Carrasquilla, entre otras cosas, me contestó lo siguiente:

"Estoy de acuerdo con usted en que la Sociedad de Medicina no puede resolver los tres puntos á que propongo concrete la discusión. Propuse eso porque en cada sesión se presentaba un caso de contagio, de simple observación, y en otra uno de no contagio y de la misma procedencia, lo que hacía estéril é interminable la discusión, además de muy fastidiosa. Pues bien: al proponer eso no pretendí que se decidiera por medio de una resolución, sino que se procediera á declarar el experimento como único medio científico de llegar á la verdad. Para decidir si el bacilo de la lepra existe, es necesario hallarlo, mostrarlo, cultivarlo é inocularlo. Para saber si él es la causa de la enfermedad, se requieren las mismas condiciones. Para todo, el experimento, no la discusión. Esa es mi idea y eso fue lo que propuse, que es exactamente lo que usted propone."

El señor doctor Juan David Herrera me escribió también:

"En cuanto á las leyes que rijan el contagio y la herencia de la lepra, dado el estado actual de la cuestión, encierran muchos puntos contenciosos, que no se podrían aclarar definitivamente, sino previos estudios serios y que tengan por base la experimentación y la observación. En ese sentido se trabaja, y debemos esperar sus resultados para fallar."

Hé aquí, pues, conceptos dignos de tenerse en cuenta. Que se hagan esos experimentos, esos estudios, por médicos colombianos, son mis ardientes deseos; y que se esperen sus resultados para fallar, es lo que aconsejan á la vez la razón y la conciencia, pues el fallo interesa á cuatro millones de almas.

INDICE

			Págs.
I.—		ADRIANO PÁEZ (Biografía).....	III
II.—		Dedicatoria.....	1
III.—		CAPÍTULO I.—Tocaima. Su decadencia, etc. etc.	4
IV.—	—	II.—La lepra.....	9
V.—	—	III.—Aspecto físico de Agua de Dios.	17
VI.—	—	IV.—La sociedad de Agua de Dios..	20
VII.—	—	V.—El clima.....	24
VIII.—	—	VI.—Un discípulo de Vicente de Paúl	27
IX.—	—	VII.—Etiología de la lepra	32

INDICE

HELGUERA COLLECTION

PAMPHLETS

NUMBER: P- 1829

AUTHOR: Paez, Adriano

TITLE: Viaje al pais del dolor. (Fragmentos de un libro inedito).

Place of Publication: Bogota

Publisher: Imprenta de "La Luz," Calle 13, numero 160. Apartado 160, telefono 220.

Date: 1891

Dimensions: 23 8/10 x 16 5/10cms; iii-xii, 1-36 (+1)pp. 1 engraving.

Condition: Front wrappem stained torn, rear one lost,, barelv fair.

General Notes: An account, by a noted author, of a trip to the leper colony at Agua de Dios, Cundinamarca

HELGUERA COLLECTION

PAMPHLETS

NUMBER: P- 1829

AUTHOR: Paez, Adriano

TITLE: Viaje al pais del dolor. (Fragmentos de un libro inedito).

Place of Publication: Bogota

Publisher: Imprenta de "La Luz," Calle 13, numero 160. Apartado 160, telefono 220.

Date: 1891

Dimensions: 23 8/10 x 16 5/10cms; iii-xii, 1-36 (+1)pp. 1 engraving.

Condition: Front wrappem stained torn, rear one lost,, barelv fair.

General Notes: An account, by a noted author, of a trip to the leper colony at Agua de Dios, Cundinamarca

A.F.

883 -

30 - in Laura's file
001 - 023

31.

Helguera_P_1829_			
001V883	Cover page		
002V884	Back of Cover + blank page		
003V885	Portrait + page I w/clear paper		
004V886	Pictur w/clear paper + page I		
005V887	II	+	III
006V888	IV	+	V
007V889	VI	+	VII
008V890	VIII	+	IX
009V891	X	-	XI
010V892	XII	+	1
011V893	2	+	3
012V894	4	+	5
013V895	6	+	7
014V896	8	+	9
015V897	10	+	11
016V898	12	+	13
017V899	14	+	15
018V900	16	+	17
019V901	18	+	19
020V902	20	+	21
021V903	22	+	23
022V904	24	+	25
023V905	26	+	27
024V906	28	+	29
025V907	30	+	31
026V908	32	+	33
027V909	34	+	35
028V910	36	+	37
029V911	back of Cover.		
030V912	Note 1		
031V913	Notes 2		

Free Plain Graph Paper from http://incompetech.com/graphpaper/plain/